Espíritu Santo, garante de la verdadera paz

01 de enero
Madre de Dios

Lucas 2, 16-21

Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho. Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno.

Reflexión

El primer fruto del Espíritu, según la carta a los Gálatas (5,22). El segundo fruto es, según San Pablo, la alegría. Y el tercer fruto, la paz.

La paz es la perfección de la alegría. No podemos permanecer toda la vida en el Tabor. Hemos de bajar al trajín diario, con sus altibajos, sus crisis y problemas, su dolor y angustia. Hay ratos y etapas en que la alegría queda velada. Pero la paz siempre es posible: la serenidad del alma, reflejada en la compostura del cuerpo y el rostro en paz. Reconciliación total de alma y cuerpo con todo lo que existe.

Hay personas que irradian paz. Sólo con entrar en su espacio vital, uno experimenta su tranquilidad que da profundidad a su vida. Son centros de paz en un mundo agitado. Nos recuerdan que las penas pasan y los triunfos se desgastan con el tiempo. Y que lo único importante es vivir la realidad cotidiana tal como viene, sin dejar que nada sacuda los pilares de nuestra serenidad.

1. La paz con Dios

El fundamento inamovible de la paz del alma es la paz con Dios. Es la relación humilde y confiada de hijo a Padre. Une la conciencia de nuestra miseria con la confianza firme en su misericordia, a lo largo de toda la vida. Ese es el don que Jesús nos trajo de parte del Padre: *"paz* a *los hombres"*. Y ese mismo don el Espíritu nos concede como fruto

de su presencia en nosotros. Porque el Espíritu Santo es el único garante de la verdadera paz.

2. La paz con los hombres

Quien se sabe en paz con Dios puede lanzarse a la ardua tarea de buscar paz con los hombres. Esta es la dimensión social del fruto del Espíritu. Paz entre las personas, las familias, las naciones. Meta tan necesaria como difícil en la vida conflictiva que llevamos.
En ese horizonte tormentoso me toca a mi fomentar la paz y hacerla posible en mi pequeño entorno. Que todos los que viven en contacto conmigo sepan que nada tienen que temer de mí. Que no vean en mi un rival, sino un amigo; no un obstáculo para su carrera, si no una ayuda en su camino. Jesús proclamo la bienaventuranza de *"los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios"* (Mt 5,9).

3. La paz consigo mismo

La paz más difícil es la paz del hombre consigo mismo. La división mas profunda es la del propio yo. Toda persona esta dividida por dentro, es algo así como una guerra civil ambulante. Conflictos entre alma y cuerpo, hombre viejo y hombre nuevo, voluntad e instintos, razón y sentimientos, ángel y bestia.

No aceptarme a mí mismo, rechazar mi pasado, no admitir mis debilidades, ser intransigente conmigo mismo, todo eso hace imposible la paz. Y es difícil estar en paz con Dios y los demás, si en mi mismo no hay unidad.

Bien lo sabe el demonio. Por eso, procura de todas maneras sembrar la inquietud y la división en las almas. Porque un alma intranquila es un alma dispuesta a dejarse ganar por la tristeza y a replegarse sobre si misma.

Mi integración natural es la condición para mi crecimiento sobrenatural, mi santidad. Tomemos en serio, por eso, la presencia del Espíritu Santo en nuestra alma y pidámosle que realice la obra de nuestra sanación y purificación natural. Solo El puede lograr la integración e unidad armónica de mi propia persona. Y en ese marco ha de afirmarse mi paz individual.

4. La paz con toda la creación

Por último, paz con el mundo entero, con toda la creación. Paz cristiana que ama la naturaleza, porque es obra de Dios, y se encuentra a gusto en el mundo, porque es la casa del Padre. Paz cósmica que todo lo abarca y todo lo lleva hacia su destino final en el corazón de Dios.

Queridos hermanos, *"El Reino de Dios",* decía San Pablo, *"es paz* y *gozo en el Espíritu Santo"* (Rom 14,17). Que su acción creadora nos convierta a todos en hombres y mujeres de paz. Que nos regale la gracia de ser instrumentos de paz en este mundo lleno de odio, de discordias y de guerras.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt